

La inestabilidad como rutina. La precarización de la vida cotidiana y su impacto en la alimentación en Buenos Aires, Argentina

Patricia Aguirre¹; Diego Diaz Córdova²

Recibido: 19 de octubre de 2020/Aceptado: 27 de noviembre de 2020

Resumen. En este artículo se exponen algunos de los cambios que sufrió la alimentación en Argentina en los últimos 30 años y su impacto en los componentes de la seguridad alimentaria (disponibilidad, acceso, utilización biológica y estabilidad) que han conducido a la precarización de los consumos como una nueva normalidad. A través de las Encuestas de Gasto y de las Encuestas de Nutrición y Salud realizadas por el Estado Argentino, se describe la situación contextual. Con relevamientos propios a través de entrevistas semi-estructuradas en hogares de diferentes sectores de ingresos, se indaga acerca de los cambios en sus canastas de consumo, las prácticas que realizaron para mantenerlos y las razones con que las justifican. Como lo contrario de la rutina con su carga de repetición y seguridad, la precarización implica un permanente alerta frente a un presente inseguro y un futuro imprevisible.

Palabras clave: alimentación; seguridad alimentaria; precarización; antropología; Argentina.

[en] The instability as a routine. Precarization of ordinary life and its impact in food consumption in Buenos Aires – Argentina

Summary. This article discussed some of the changes that suffered food consumption in Argentina in the last 30 years and its impact on food security's components (availability, access, biological utilization and stability). All these changes led to precarization of consumption as a new normality. We described the contextual situation through National Expenditure Surveys and Nutrition and Health Surveys. We look for changes in food baskets with our own field work and through semi-structured interviews in different households income sectors. We want to understand the consumer practices in order to keep or increase and the reasons they made that. As the opposite of the routine (with its repeating charge and safety), precarization involves one permanent alert against an unsafe present and unpredictable future.

Keywords: food; food security; precarization; anthropology; Argentina.

Sumario. 1. Introducción. 2. Metodología 3. In-Seguridad Alimentaria y precarización. 3.1. Seguridad alimentaria. 3.2. Precarización. 4. Situación contextual. Características de la Seguridad Alimentaria en Argentina. 4.1. Disponibilidad. 4.2. Acceso. 4.3. Utilización biológica. 5. La seguridad alimentaria en los hogares. 5.1. Representaciones de la seguridad alimentaria en el discurso político. 5.2.1. Representaciones acerca de la disponibilidad. 5.2.2. Representaciones acerca del acceso. 5.3. Representaciones acerca de la utilización biológica de los alimentos. 6. Conclusiones. 7. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Aguirre, P.; Diaz Córdova, D. (2021). La inestabilidad como rutina. La precarización de la vida cotidiana y su impacto en la alimentación en Buenos Aires, Argentina, en *Revista de Antropología Social* 30(2), 119-133.

1. Introducción

Argentina es un país con 92% de población urbana donde la autoproducción es mínima y el acceso a los alimentos depende de la industria y mecanismos de mercado (ya sea la capacidad de compra de los hogares, los circuitos de abastecimiento o la publicidad). Sin embargo, los mercados se han mostrado particularmente inestables, tanto el mercado de trabajo (de donde provienen los ingresos) como el mercado de alimentos, cuyos precios en los últimos cien años presentan

una tasa de inflación promedio de 105% anual –con un máximo histórico de 3079% en 1989 y un mínimo de -5,4% en 1944–.

En tanto los patrones alimentarios –y las rutinas domésticas que de ellos dependen– se caracterizan por su estabilidad, en una sociedad totalmente monetizada la inflación permanente del precio de los alimentos, la ruptura de los precios relativos, la caída del ingreso y las sucesivas olas de desocupación hacen que la “normalidad” –al menos estadística– sea la irregularidad en la adquisición y preparación de la comida.

¹ Instituto de Salud Colectiva. Universidad Nacional de Lanús. patriciaguirre2@gmail.com

² Departamento de Salud Colectiva. Universidad Nacional de Lanús. didibart@gmail.com

Por definición, rutina es repetición y patrón alimentario: estabilidad. La comida cotidiana recorta, de la multitud de posibilidades del patrón local, un grupo de alimentos, preparaciones y platos convenientes, aceptados, posibles y probados que se repiten. ¿Pero qué sucede con ese patrón alimentario cuando el empleo –y por lo tanto el ingreso– está permanentemente amenazado, y cuando los precios ponen a prueba la accesibilidad de los alimentos y los servicios aumentan tanto que las preparaciones ayer corrientes hoy se vuelven prohibitivas? Por ejemplo, en julio de 2016 el gas pasó de 600\$ a 6000\$ en un mes, aunque la protesta social logró reducirlo a 3500\$; aun así, las preparaciones al horno (que las nutricionistas recomiendan como saludables) sufrieron una caída abrupta. Porque tales inestabilidades siempre configuran pérdidas, se habla de precarización de la vida (aunque este trabajo analizará la alimentación, esta solo analíticamente se aislará de las condiciones de vida).

Postulamos que en Argentina la estabilidad repetitiva de la rutina alimentaria está rota desde hace décadas, por la aplicación de políticas que no han logrado estabilizar las variables económicas, lo que se refleja en inestabilidad político-administrativa, detenimiento del crecimiento, caída de ingresos, empleo y una sensación de imposibilidad de planificar a largo plazo, ya sea una estrategia de consumo alimentario ya sea una trayectoria de vida. En este contexto la seguridad alimentaria entendida como el derecho de todas las personas a una alimentación adecuada queda en entredicho. En este trabajo analizaremos de qué manera se han modificado –precarizándose– todos y cada uno de los componentes de la seguridad alimentaria: disponibilidad, acceso, utilización biológica y estabilidad.

2. Metodología

El análisis de las transformaciones alimentarias locales producidas por la globalización es un aspecto fundamental de la antropología social actual, en este sentido el contexto de la implementación de políticas globales y locales puede ser discutido con categorías antropológicas, prestando atención a múltiples sinergias cuyas evidencias surgen de varias maneras. Entre ellas la retroalimentación entre políticas alimentarias, estructuras de poder formales e informales junto a la producción de riesgo social en contextos urbanos (Sarlingo, 2019).

Nuestra metodología es deudora de la contextualización progresiva de Vayda (1983), referente de la ecología política de los 90. En la dimensión técnica de la investigación –tomando en cuenta que trabajamos en un gran conglomerado urbano (AMBA)– utilizaremos dos tipos de datos: cuantitativos, provenientes de fuentes secundarias, e investigaciones propias para los datos cualitativos, con vistas a realizar una triangulación cuali-cuantitativa (Denzin y Lincoln, 2000; Alzás, García, García, *et al.*, 2016). El análisis procesual se basó en las propuestas de García (2006) para el estudio de la sinergia entre alimentación y políticas públicas.

Para este artículo nuestra pregunta de investigación fue: ¿cómo impacta en la seguridad alimentaria de los hogares que la normalidad sea la precarización permanente de las condiciones de vida? Nuestro trabajo apunta a descubrir cómo organizan la comida quienes son sus responsables dentro del hogar –90% mujeres, 70% trabajadoras, 85% madres–, confrontando los relevamientos propios realizados con métodos cualitativos con las Encuestas de Gasto y de Salud del Instituto Nacional de Estadísticas –INDEC– y del Ministerio de Salud, que nos brindan una descripción contextual.

Queremos comprender por qué en un mundo que se percibe cada vez más diverso –en alimentos y preparaciones– los consumos de los argentinos que habitan en el AMBA –Área Metropolitana de Buenos Aires– se reducen, concentran y precarizan desde hace 35 años. Los datos de las encuestas nos brindarán el “qué”, y los comensales su punto de vista acerca del “por qué”. A despecho de las racionalidades nutricionales o económicas, vertebrar una estrategia de consumo en la inestabilidad –al mismo tiempo que demanda conocimientos y creatividad– impone el trabajo extra de estar en alerta permanente, desarrollando capacidades innovadoras y tratando de alejar la incertidumbre que –en otros países– garantiza la rutina con la estabilidad que convoca su fluir irreflexivo.

Los datos contextuales provienen de procesamientos propios sobre las bases crudas del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos y del Ministerio de Salud. Los datos cualitativos provienen de relevamientos propios a través de entrevistas semi estructuradas en sucesivos trabajos de campo, realizados en ondas separadas aproximadamente por cinco años, siempre en el AMBA, siempre con similar protocolo y criterios de inclusión y exclusión ya que debían ser comparables en tanto que forman parte de un programa de investigación.

Basándonos en estas entrevistas, expondremos brevemente el punto de vista de distintos sectores de la población acerca de cómo viven –es decir, sus prácticas– y cómo piensan –es decir, sus construcciones de sentido sobre lo que hacen– su alimentación, tomando en cuenta los componentes de la seguridad alimentaria dentro del hogar.

Usando como pauta de exposición el “qué” y el “por qué”, abordaremos, primero, lo que nuestros entrevistados hacen para obtener, preparar o comer, y luego las razones que han construido para dar sentido a estas prácticas –y que han querido compartir con nosotros, quienes sistematizamos y exponemos–. Nuevamente, y porque entendemos que vivimos en una sociedad de mercado que compra –o porque no puede comprar y recibe– sus alimentos–, la distinción según sectores de ingresos nos parece fundamental. Para ello utilizamos la sectorización de INDEC en quintiles, con sus equivalentes textuales, que en esta redacción son: para la línea de indigencia el quintil 1, la línea de pobreza –quintil 2–, el sector medio de ingresos bajos –quintil 3–, el sector medio con ingresos medios –quintil 4–, y el sector de ingresos altos –quintil 5–. Ellos nos servirán de guía, entendiendo que no se vive ni se piensa ni se come de la misma manera cuando se está en una u otra punta de la escala de ingresos.

Estos desarrollos se formalizaron en el marco de un proyecto de investigación del Ministerio de Salud en 1996 y continúan hoy en el PANES (Programa de Antropología, Nutrición, Epidemiología y Sociedad del Instituto de Salud Colectiva de la Universidad Nacional de Lanús). Por la duración de este programa de investigación estamos en excelentes condiciones para describir y analizar los cambios que ha sufrido la alimentación en los hogares de los distintos sectores de ingresos del AMBA y dar cuenta de las estrategias elaboradas para enfrentarlos.

Este texto no tiene el formato de la presentación de una investigación –porque en nuestro caso es un programa que lleva 20 años– sino de un ensayo que responde a una pregunta específica basado en los resultados de nuestros 20 años de investigación sobre seguridad alimentaria.

3. Inseguridad alimentaria y precarización

3.1. Seguridad alimentaria

El concepto de “seguridad alimentaria” surge al final de la Segunda Guerra Mundial cuando 44 gobiernos se reunieron en Hot Springs –EE. UU.– y coincidieron en que “la liberación de la miseria implicaba un suministro seguro, suficiente y adecuado de alimentos para cada hombre, mujer y niño”. Esto quedará consolidado con la declaración de la alimentación como derecho humano en la carta fundacional de Naciones Unidas y la creación de la FAO (Oficina de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura) como la encargada de operacionalizar este derecho. Durante las décadas siguientes el concepto suma precisión con el PIDESC (Pacto Internacional de los Derechos Económicos Sociales y Culturales) y las sucesivas conferencias mundiales. En 1980 la FAO propuso un concepto revisado y ampliado de seguridad alimentaria, con tres objetivos específicos: suficiencia de los suministros de alimentos, estabilidad en los suministros y mercados, y seguridad del acceso a ellos.

Conscientes del carácter productivista del concepto, la Cumbre Mundial sobre la Alimentación de 1996 redefinió: “Existe seguridad alimentaria cuando todas las personas tienen en todo momento acceso físico y económico a suficientes alimentos inocuos y nutritivos para satisfacer sus necesidades y sus preferencias en cuanto a los alimentos a fin de llevar una vida activa y sana”. Marcando las cuatro dimensiones de la seguridad alimentaria: disponibilidad, acceso, estabilidad y utilización (FAO, 2020). Debido a las múltiples interpretaciones que profesionales, políticos y poblaciones daban al término, en 2012 el Comité de Seguridad Alimentaria clarificó la definición del concepto y sus componentes –indistintamente llamados: pilares, dimensiones, elementos, factores y/o principios– señalando que “Existe un amplio reconocimiento de las cuatro dimensiones de la seguridad alimentaria: disponibilidad, acceso, utilización y estabilidad” (FAO, 2012). En este artículo vemos la estabilidad como un atributo necesario de todos los demás componentes, y su falta como expresión de inseguridad y precarización alimentaria.

A nivel de los hogares la seguridad alimentaria significa que todas las personas tienen acceso (físico, social y económico) a alimentos suficientes, seguros y nutritivos para cubrir sus necesidades nutricionales según sus preferencias culturales para una vida sana y activa (FAO, 2020). Esto significa que disponen de alimentos nutritivamente adecuados y biológicamente inocuos, y tienen la capacidad de disponer de ellos en forma sostenida y de manera socialmente aceptable –esto quiere decir que son autónomos, no dependen de la asistencia social ni de actividades socialmente ilegítimas como hurgar en la basura (Maxwell, 1996)–.

En los 90 y por iniciativa de los perdedores del modelo dominante de producción –los campesinos, sin tierra y pueblos originarios–, se propone el concepto “soberanía alimentaria”, entendida como el derecho de las naciones a definir sus propias políticas de alimentación tomando en cuenta la producción, distribución y consumo, de forma que sean ecológica, social, económica y culturalmente apropiadas para ellos y sus circunstancias únicas (FAO, 2002). En 2012 en la Declaración de Cochabamba de la Organización de Estados Americanos (OEA, 2012) se acepta que el derecho a la alimentación depende de la seguridad con soberanía, y como tal se inscribe en los códigos legales argentinos –ya que, como todos los derechos humanos, el Estado es su garante, y son reclamables–. Mientras que la soberanía se predica de las naciones –por lo tanto, se extiende a los pueblos originarios considerados naciones preexistentes y su base campesina–, para este estudio situado en el AMBA resulta más fecundo el concepto de seguridad alimentaria que nos permite precisar a través de sus componentes las características de la precarización urbana.

El AMBA es una unidad eco-cultural compuesta por la Ciudad de Buenos Aires y 40 municipios urbanos de la Provincia de Buenos Aires; es el 0,4% del territorio Nacional, donde vive el 37% de la población del país y produce el 48 % del Producto Bruto Interno. Es un área de grandes desigualdades y diferencias de infraestructura, con los extremos más agudos de pobreza y de riqueza, fragmentada en tres niveles administrativos –Nacional, Provincial y Municipal–. También es el principal mercado consumidor de alimentos del país.

3.2. Precarización

La categoría “precarización” se construye a partir de la idea de inseguridad; en su etimología, del latín *precararius*, se refiere a lo que se obtiene por la súplica y el ruego, y, en el derecho romano, *precarium* eran los contratos donde el arrendador estaba sometido al riesgo del reclamo del bien por parte del propietario. Es decir, asocia el término a la inseguridad, a la carencia de recursos propios, a la falta de autosuficiencia, a la dificultad de planificar un futuro que tiene quien debe pedir, rogar o suplicar.

El trabajo de Standing (2011:16), aunque referido al mundo del trabajo, define la precarización como un proceso en que el sujeto es sometido a presiones que lo conducen a vivir una experiencia frágil en el presente, sometido a incertidumbres acerca del futuro, con una

identidad insegura y carente de un sentido de desarrollo posible, por medio del trabajo y el estilo de vida. Nuevamente una relación social asimétrica conduce al sujeto a vivir un presente sometido a incertidumbres.

Precarización e inseguridad remiten, casi necesariamente, a una definición donde el tiempo juega un papel central. Se está en una situación de precariedad en relación a otra que no lo era. Lo mismo puede decirse de la inseguridad: no puede durar, porque, si lo hace, deja de serlo y se transforma en daño. Debemos plantearnos ambos conceptos en forma relacional: hay precarización e inseguridad en relación a un momento en donde aquellas no existían o estaban muy atenuadas. Algunos autores europeos los asocian a la experiencia de pérdida de las políticas del Estado de bienestar y los modelos económicos keynesianos; en cambio, los latinoamericanos (y argentinos en particular) los asocian al peronismo y su política distribuidora (Scaletta, 2017).

Sin embargo, hay que señalar que históricamente la inseguridad económica parece formar parte de la idiosincrasia argentina. Ya desde el siglo XIX se advierten desmanejos de la política económica que, hoy sabemos, no pueden ser atribuidos a la falta de experiencia como República, ya que la mayor parte de estos desmanejos se volvieron recurrentes a lo largo del tiempo. Devaluaciones, emisión de deuda a tasas más altas que las de la región, inflación, crisis de desempleo, son algunas de las instancias que generaciones de argentinos vienen padeciendo desde hace dos siglos.

Frente a esta inseguridad histórica, en una sociedad mercantilizada que adquiere sus alimentos a través de mecanismos de mercado, obviamente no hay estabilidad y claramente la disponibilidad, el acceso y la utilización de los alimentos han tenido que sufrir, pero estudiar la precarización de la vida cotidiana y la alimentación la transformaría en causa cuando es efecto. Han sido los efectos de la economía y la política los que condujeron a la inestabilidad en la disponibilidad, el acceso y el consumo, los que –a su vez– han tenido como efectos la precarización de la vida y, por lo tanto, la inseguridad alimentaria macro –de la nación– y micro –de los hogares– con su correlato social y subjetivo de anomia, padecimiento y enfermedad.

4. Situación contextual. Componentes de la Seguridad Alimentaria en Argentina

4.1. Disponibilidad

En Argentina la disponibilidad registrada –según Hojas de Balance (FAO, 2017)– en los últimos 30 años ha variado entre algo más de 2850 kcal y un poco menos de 3300 kcal por habitante. El país presenta una situación de holgado autoabastecimiento y una composición sostenida por cereales en un 32%, carnes y azúcares (18%), aceites y grasas (12%), lácteos (7%), frutas y verduras (5%), tubérculos (3%) y otros alimentos (5%). Pese a las fluctuaciones de los precios internacionales, pese a que el país come lo mis-

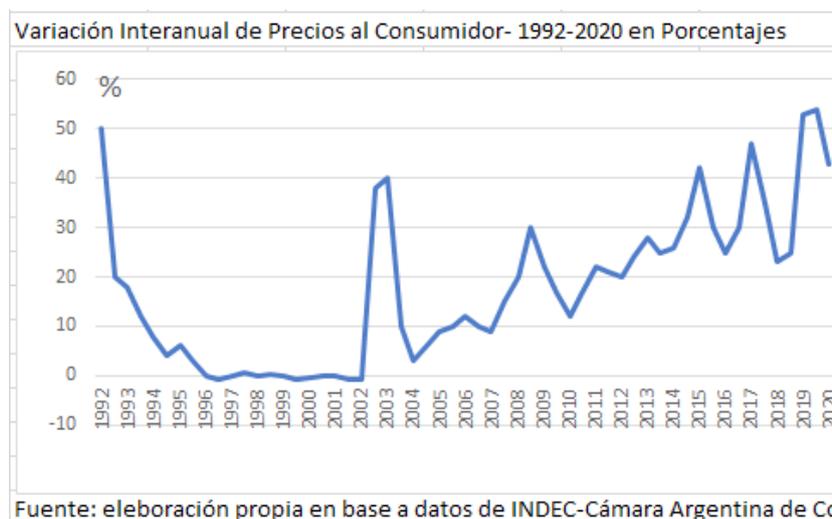
mo que exporta, aun con más del 60% de la superficie con cultivos dedicados a la exportación, y pese a las políticas para el sector agropecuario que han transformado –alternativamente– al agro argentino en uno de los más abiertos –de 1991 a la actualidad– o uno de los más protegidos del mundo –de 1950 a 1970–, la disponibilidad siempre estuvo asegurada. La precarización de la alimentación argentina no ha dependido de la producción sino de la forma como se distribuyen esos alimentos excedentarios. Si hay una crisis en la disponibilidad que produce incertidumbre respecto del futuro, y cuestiona la seguridad alimentaria, es la crisis de sustentabilidad. Reiteradamente denunciada por los académicos de todo el mundo, el modelo de producción extractivista de agricultura de monocultivo extensivo, basado en un paquete tecnológico altamente dependiente del petróleo, contamina tierras, aguas y aun los alimentos, ya que sus residuos son dañinos para la salud de los comensales a largo plazo y a la distancia (Muñoz de Toro, Durando, Beldoménico, *et al.* 2006).

La producción secundaria también contribuye a la precarización porque la industrialización creciente de la alimentación responde a, y a la vez estimula, que cada vez menos personas cocinen y, cuando lo hacen, partan de pre-procesados y no de materia prima fresca. Año a año se ponen a punto miles de nuevos productos de fantasía, en busca de mayor diferenciación para imponerse a la competencia, induciendo consumos de alimentos “buenos para vender antes que buenos para comer” (Harris, 1985) inocuos sí, pero no saludables a largo plazo, y siempre más caros que aquellos que reemplazan, usando la fortificación, el enriquecimiento, la sustitución de azúcar por edulcorantes o el agregado de fibras para justificar mayores precios.

4.2. Acceso

El segundo componente de la seguridad alimentaria es el **acceso**, y es justamente la inequidad en la distribución donde debemos buscar una de las causas de la precarización de la alimentación de los argentinos. Siendo los alimentos mercancías, y no bienes sociales, llegan a los hogares a través de mecanismos de mercado, de manera que la capacidad de compra –la relación entre los precios y los ingresos– es determinante.

Las características del mercado de alimentos, los precios internacionales, la existencia o no de retenciones –que ayudan a desacoplarlos–, las cadenas de comercialización cortas –de productor a consumidor– o largas –con diversos intermediarios mayoristas y minoristas cada uno con distintos márgenes de ganancia–, el precio del transporte –y dentro de este el precio de petróleo y biocombustibles–, los impuestos nacionales y regionales, etc.; todo esto incide en el precio de los alimentos y –como regla general– en los últimos 30 años se ha incrementado; podemos afirmar, sin dudar, que Argentina ha pasado de ser un país de alimentos baratos a ser un país de alimentos caros para su población.



Variación Interanual de Precios al Consumidor Nivel General 1992-2020 en porcentajes.

Fuente: elaboración propia en base a datos de INDEC (2020) y Cámara Argentina de Comercio y Servicios (2019)

Ningún argentino desestimaré nunca la inflación como componente principal de la **inestabilidad** de su alimentación, no solo porque es muy difícil planificar ante la extraordinaria inestabilidad de los precios —en el año 1989 llegó a 3079%—, sino porque también es imposible ignorarla. Adaptarse a precios crecientes —muy pocos años hubo deflación y generalmente cuando existió fue por el colapso de la demanda— implica estrategias creativas, siempre cambiantes para tratar de mantener y tal vez lograr que el flujo de ingresos le gane al aumento de precios. No hay una receta única para enfrentar esta constante también única: los precios de los alimentos aumentan, y la lógica de este aumento no tiene que ver con variables esperables como la escasez estacional de los productos frescos, ni con las relaciones entre rubros —en algunos momentos se puede conseguir duraznos y carne picada al mismo precio, cuando la lógica de la producción en una zona templada indica que las frutas deberían ser más baratas que la crianza de un animal que requiere años de cuidado, alimento y vacunas, grandes instalaciones de crianza y faena, distribución con cadena de frío entre otros costos—. La lógica de ese aumento tiene que ver con variables de política económica interna y externa, absolutamente desconocidas e incontrolables para el comensal.

Los compradores han desarrollado técnicas analógicas de medición de la inflación que normalmente tienen que ver con su unidad de gasto. Entonces, más allá de lo que diga el índice de inflación, el gobierno o el ministro de economía, el grado de completitud de “la bolsa” —en negocios de proximidad— o “el changuito” —si es compra en supermercado—, indica el grado de aumento tolerable para su presupuesto y la necesidad de recurrir a los alimentos de carestía para mantener la cantidad.

La cadena de distribución de alimentos se compone de ferias francas —del productor al consumidor— negocios de proximidad especializados en diferentes rubros (panadería, carnicería etc.) y supermercados. El supermercado cambió la forma de abastecerse desde que ingresó al país en 1960, no solo porque concentró en un solo lugar alimentos que tienen bocas de expendio

diversificadas, sino porque propició el crédito y el pago con dinero plástico, merced a ofertas y a otras ¿ventajas? financieras. Al mismo tiempo fue destrozando los negocios de proximidad, apenas resistida por los minimercados, muchos de ellos en manos de miembros de la colectividad china. Como en el resto del mundo, solo unas pocas cadenas controlan el mercado; su posición privilegiada desde el punto de vista estructural, oligopolio por un lado y oligopolio por el otro, les permite comprar muy barato y vender muy caro, perjudicando a productores primarios y a consumidores finales.

Durante los 90 comenzaron a multiplicarse hasta llegar a dominar el 75,4% de la oferta, en 2019 bajó al 57,9% cuando los sectores de ingresos medios volvieron a los comercios barriales (pasaron del 19,3% al 28,1%) y a la compra de proximidad ante una inflación cercana al 50%. Este sector, en menor medida, usa tiendas de descuento que pasaron del 1,8% al 8,7 por ciento (La Nación, 2020), mientras que los sectores de menores ingresos, cuando pueden comprar, utilizan negocios de proximidad u otros canales del mercado informal —donde, paradójicamente, los precios son mayores que en los supermercados— por la escala y la falta de crédito. Entonces no es que la cadena de comercialización limite el acceso, sino que la precarización vía precios hace vivir un eterno presente y dificulta planificar una estrategia alimentaria a futuro, además de vivir dependiendo de que no desaparezca lo que se daba. Es el reino de la incertidumbre y no cambia con la asistencia del Estado. La fuerte impronta clientelar de los programas alimentarios para la población pobre tampoco permiten prever el futuro, la misma inflación que licúa las compras hogareñas, licúa los presupuestos de los comedores y de los programas asistenciales del Estado, los bolsones de alimentos donados —pese a su declamatoria de impronta técnica y diseño nutricional— cambian, desaparecen y dependen nuevamente de variables incontrolables como ententes políticos entre dirigentes barriales y nacionales, o cambios de ministros o administraciones que de ninguna manera aseguran la estabilidad de la ayuda.

Transferencias monetarias como la Asignación Universal por Hijo, si bien permiten mayores grados de libertad, porque las cobran las madres a través del banco, tampoco se liberan de producir incertidumbre, ya que la actualización de los montos –en un contexto inflacionario– es fundamental; la Asignación Universal por Hijo que comenzó en el año 2009 en un principio se actualizaba por decreto cada 6 meses, en 2015 se ató a las jubilaciones y hoy una ley la actualiza por un índice creado *ad hoc* cada 3 meses. Como se comprenderá, con inflación cercana al 50% es muy difícil confiar que el incremento será justo pues depende de una decisión arbitraria, basada en una metodología desconocida que, además, tardará 3 meses para llegar al bolsillo de una familia pobre.

Repetimos que la capacidad de compra –la relación entre los precios de los alimentos y los ingresos de los compradores– es la variable crítica en el componente acceso de la seguridad alimentaria en Argentina. Si los precios aportan una gran cuota de imprevisibilidad, el otro componente, el ingreso, está dominado por los avatares del mercado de trabajo. Sabemos que Argentina mantiene una alta tasa de informalidad –cercana al 35%–, con múltiples tipos de contratos flexibles, que, aun siendo formales, se acercan peligrosamente a la inestabilidad del mercado informal. La flexibilización de los horarios del trabajo, la utilización de los sindicatos para beneficio de sus dirigentes, o la fragilidad de las leyes regulatorias por la crisis económica permanente, incide en el empleo y, por carácter transitivo, en los ingresos, a lo que se añade el carácter sexista de los salarios y los despidos, que baja aun más los ingresos de las mujeres. Se comprenderá que la inseguridad alimentaria vía acceso es un efecto clásico de la precarización laboral que muchos autores sitúan en el proceso de globalización económica (Castel, 2010).

Pero si bien el mercado ha condicionado la caída de los ingresos –10% solo en el año 2019–, tanto como el aumento de los precios de los alimentos –57,2% solo en el año 2019–, deteriorando la capacidad de compra de alimentos –y otros bienes– en los hogares, el Estado ha implementado políticas públicas compensatorias que: a) sostienen el ingreso de los que no lo tienen, como la Asignación Universal por Hijo que en 2019 contabilizó 2.900.000 transferencias, b) mejoran los salarios de los empleados –por ejemplo, a través de pagar asignaciones familiares y subsidios por escolaridad a los padres o madres–, c) subsidian servicios básicos, como transporte, luz y gas, o d) intervienen en la alimentación hogareña a través de la entrega directa de productos, como los programas asistenciales del Plan Nacional de Seguridad Alimentaria o los Comedores Escolares y Comunitarios. En 2019, cuatro millones de personas recibían la tarjeta alimentaria (Aguirre y Pautassi, 2020).

Cuanto más se deteriora la capacidad de compra de los hogares y el Estado se hace cargo con políticas asistenciales y compensatorias, más se precariza la alimentación de los hogares que, al salir del mercado –en una sociedad mercantilizada– pierden la posibilidad de vertebrar una estrategia de consumo propia: pierden libertad, autonomía y perspectivas de futuro.

4.3. Utilización biológica

La utilización biológica de los alimentos es el tercer componente de la seguridad alimentaria y compete tanto a la biología de los alimentos mismos –inocuidad, densidad, servicios asociados– como a la biología del comensal –su estado nutricional, salud y educación en general y la capacidad de acceder a la atención sanitaria si fallaran–. Nosotros ilustraremos la precarización de la alimentación en este aspecto, revisando los consumos a través de las Encuestas de Gasto de los Hogares–ENGHO (INDEC 1985, 1996, 2006, 2012, 2018), las Encuestas de Nutrición–ENNYS (Ministerio de Salud 2007 y 2019a) y las Encuestas de Factores de Riesgo–ENFR (Ministerio de Salud 2019 b). Hay que señalar que, aunque son las únicas fuentes disponibles, el sistema estadístico nacional ha sufrido tantas intervenciones que muchos datos han perdido credibilidad. Encuestas que debían hacerse cada década se hicieron por períodos más largos o más cortos, las muestras varían, las categorías desaparecen o cambian el contenido impidiendo la comparación a través del tiempo. Nuestra elaboración parte de las bases, y reconstruye a partir de los alimentos mismos presentando los datos como porcentajes del consumo del quintil de ingresos respecto del consumo total.

La precarización que se verifica como pérdida en la cantidad y en la calidad de los alimentos consumidos, no es homogénea y la sufren de diferente manera los distintos sectores. Pero hay escasas alternativas a la oferta del mercado porque entre la población urbana las posibilidades de autoproducción son mínimas. Los hogares dependen de los mercados para comer, ya sea del mercado de trabajo para la generación de ingresos para comprar, ya sea del mercado de alimentos para proveerse. La asistencia del Estado también depende del mercado, ya que se provee en las industrias concentradas en el eje fluvial industrial, las únicas capaces de asegurar el volumen requerido.

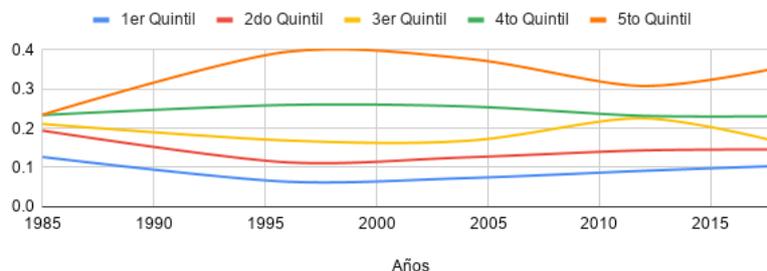
Desde la primera hasta la última ENGHO la alimentación pasó de fresca a procesada, de casera a industrializada, de hogareña a individual. Es cada vez más mercantilizada y más cara. El proceso de dependencia total del mercado de alimentos se completa cerca de la década de 1970, cuando el precio de la tierra urbana se disparó, y las casas comenzaron a valorizarse en dólares estadounidenses; entonces los lotes perdieron jardines, huertas y gallineros, privilegiando la función habitacional y toda la ciudad creció verticalmente. La vida vegetal se arrinconó en las plazas y la autoproducción alimentaria se convirtió en un *hobby*, en los 70, solo los abuelos mantenían huertas o criaban animales para consumo. Hoy esos mayores ya no existen y la cría doméstica está prohibida. La modernización también trajo cada vez más dependencia de la industria agroalimentaria que, en esa década, se integró verticalmente –los grandes productores se fusionaron con los proveedores de insumos químicos y alimentos balanceados, sumaron procesadores, distribuidores y mayoristas comerciales– al abrirse la economía a las firmas mundiales (Monteiro, Moubarac, Cannon *et al*, 2013).

El mercado de la carne aviar fue el primero que registró esta tendencia. Esto provocó la quiebra de los peque-

ños productores quedando solo las grandes firmas que, en los 90, se convertirían en *holdings*. La gran escala les permitió además diversificar y crear no solo productos sino nichos dentro del mercado consumidor, avanzando en la cadena: de productores de alimentos a productores de comidas listas para consumir. Las encuestas de gasto registran esa transformación.

Los hogares compran –y en los sectores de menores ingresos compra equivale a consumo porque tienen escasa capacidad de almacenar– cada vez más enlatados, conservas, salsas, y productos industrializados –panes, fideos secos, harinas refinadas, arroz, enlatados, golosinas, snacks, gaseosa– y lo que ganan en tiempo de procesamiento lo pierden en presupuesto.

Alimentos industriales

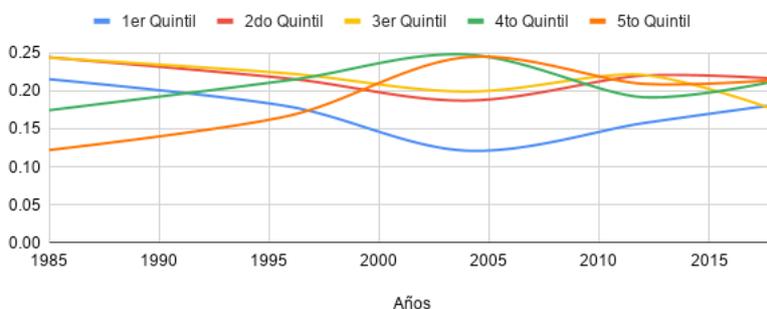


Variación del consumo de alimentos industriales según ENGHO 1985 a 2018 según quintiles de ingreso, en porcentajes. Fuente: elaboración propia en base a INDEC– ENGHO 1985 a 2018

La alimentación, sobre todo la de los más pobres, se precariza al recurrir a productos industrializados no solo por el costo –que permite menos cantidad–, sino por la pérdida de autonomía. Hoy, cuando los

fideos secos son el alimento más consumido por los más pobres, poquísimas abuelas recuerdan la técnica, y el secreto, del amasado de la harina de trigo candéal.

Fideos secos



Variación del consumo de fideos secos en ENGHO 1985 a 2018 según quintiles de ingreso, en porcentajes. Fuente: elaboración propia en base a INDEC– ENGHO 1985 a 2018

También aumentan las comidas hechas para consumir dentro del hogar. Si bien las casas de comidas “para llevar” aparecen en el AMBA en 1950 –rotiserías, pizzerías y casas de empanadas–, en los 90 con la desregulación de la economía aparece la entrega a domicilio –*delivery*–, y los rubros se diversifican: parrillas, comida étnica, y “comida casera” –preparaciones tradicionales y simples como matambre, guisos, pastel de papas o tortillas– se suman a la oferta anterior. Esta modalidad también desnuda nuevas formas de sociabilidad, sobre todo en adolescentes; mientras en el pasado ellos tenían poco que ver con la comida, porque eran las madres las que decidían qué debían comer, a partir de la existencia del *delivery* y de la creciente independencia adolescente, ya sea porque no hay nadie en la casa, o porque no tienen comida o no saben o no quieren cocinar, “pedir *delivery*” es una estrategia para los jóvenes que disponen de dinero y se evaden de la vigilancia de sus padres.

Otra categoría importante que crece son las comidas fuera del hogar, desde los 90, el 50% de la población no toma todas sus comidas en el hogar. Niños y adultos deben realizar por lo menos una comida en el comedor escolar o en el trabajo, por la imposibilidad de retornar a sus casas en los horarios institucionales. Pero cuanto más pobres menor es la posibilidad de alimentarse en su hogar, y entonces aumentan las visitas al comedor comunitario, merendero o iglesia.

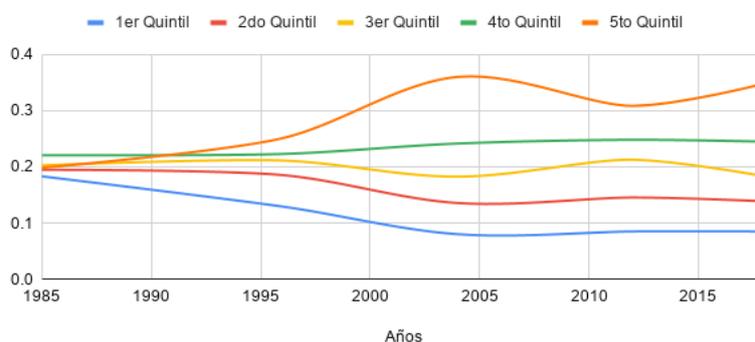
Esta tiene diferentes significados según el quintil de ingresos. En los más pobres significa asistencia. En los sectores de ingresos medios y altos, dada la amplia oferta de restauración, desde el “carrito de la costanera”, pasando por la fonda, el restaurante étnico o la “cocina de autor”, significa lo opuesto: una demostración de su bienestar económico y su saber vivir.

Desde los 70 el papel de la mujer-cocinera sufrió un proceso de desvalorización y deslegitimación social al

asociarse a los valores tradicionales relacionados con la reproducción. Hoy varones y mujeres valoran el rol productivo y la trayectoria personal en el empleo asalariado. Aunque este empieza a considerarse un bien escaso, la mitad de las mujeres participan del mercado de trabajo registrado, y un número indeterminado en el mercado informal. El horario del empleo, las largas distancias y la incomodidad del transporte público también reducen el tiempo dedicado a la cocina, lo que sumado a la desvalorización y al abandono de habilidades convierte en deseable “comer afuera”, transformado en una demostración de modernidad y respeto por el nuevo rol de la mujer (Aguirre, Díaz Córdoba y Polischer, 2015).

Todos los nutricionistas coinciden en que los productos industrializados y las comidas preparadas, sean pedidas para consumir en el hogar o directamente tomadas en restaurantes, suelen ser menos saludables que las comidas caseras, elaboradas desde la materia prima fresca, y distribuidas en la mesa. Entonces estas tres categorías, a despecho de su significado social, estarían marcando una precarización en la alimentación de todos los sectores, pero esta vez por la pérdida de densidad nutricional, la que se observa en el retroceso de los productos frescos como frutas y verduras, carnes y lácteos; lo que no es privativo del AMBA sino propio de todas las áreas urbanas.

Frutas y Verduras



Variación del consumo de frutas y verduras en las ENGHO por quintil de ingreso en porcentajes.
Fuente: elaboración propia en base a INDEC– ENGHO 1985 a 2018

Se tomó la categoría “Frutas y Verduras”, asumiendo que mejor representa a los alimentos frescos, que son los consumos que más se redujeron a nivel general. Los nutricionistas advierten del impacto negativo en la salud futura al reducirse su aporte de fibras, vitaminas y minerales. Nuevamente la reducción no afecta a todos por igual, el sector de ingresos medios –cuarto quintil– mantiene y el de ingresos altos –quinto quintil– incrementa sensiblemente su consumo.

En las Encuestas Nacionales de Nutrición y Salud –ENNyS– (Ministerio de Salud, 2007 y 2019 a) podemos seguir los efectos en los cuerpos de la precarización alimentaria que muestran las encuestas de consumo. La ENNyS 1 del Ministerio de Salud (2007) abordó al grupo materno-infantil. Allí los principales problemas eran la anemia nutricional en los menores de 2 años –41,1% de los niños de familias pobres y 29,4 % de las no pobres– y mujeres embarazadas –30,5%–. Obesidad –10,4% de los niños menores de 6 años, 15,6 % de las mujeres de 10 a 49 años con máximo de 31% en las mayores– y baja talla en 8,2% de los niños menores de 6 años. También se identifican deficiencias dietéticas de calcio, vitaminas A, C y B12. Esos déficits de nutrientes son el resultado de ingestas pobres en verduras, frutas, lácteos, aceites diferentes al girasol, legumbres y cereales integrales, al mismo tiempo que con exceso de azúcares y bebidas azucaradas, carnes y cereales muy refinados y de baja densidad de nutrientes (Abeyá Gilardon, 2016).

En la 2da ENNyS (Ministerio de Salud, 2019a), cuya muestra incluyó tanto niños y adolescentes como

adultos, la proporción de bajo peso y emaciación en la población de menores de 5 años fue de 1,7% y 1,6% respectivamente. La proporción de baja talla fue de 7,9%, con diferencias significativas por nivel de ingreso –primer quintil 11,5% vs. quinto quintil 4%–. El exceso de peso estuvo presente en el 13,6% de la población menor de 5 años. Mientras que entre los 5 a 17 años: la delgadez alcanzó al 1,4%. La proporción de baja talla fue de 3,7%, con diferencias significativas por nivel de ingreso –primer quintil 3,8% vs. quinto quintil 1,3%– y el exceso de peso estuvo presente en el 41,1% de la población. Observamos que la baja talla y el bajo peso se mantienen en valores relativamente estables, y se relacionaron de manera inversa al nivel socioeconómico; no así el sobrepeso y la obesidad que fueron similares para todos los niveles de ingreso en niños/as y adolescentes.

Entre los adultos la prevalencia de exceso de peso fue de 67,9% –sobrepeso 34% y obesidad 33,9%–, con diferencias significativas por nivel de ingreso –primer quintil 36,9% vs. quinto quintil 29%–. El sobrepeso y la obesidad son las formas más frecuentes de malnutrición, y se confirma que continúan aumentando sostenidamente. Esto concuerda con lo observado en la cuarta Encuesta Nacional de Factores de Riesgo (Ministerio de Salud, 2019b), donde la prevalencia de exceso de peso fue de 66,1%. Los grupos sociales de menores ingresos evidenciaron mayores índices de exceso de peso a expensas de mayor prevalencia de obesidad, que fue un 21% mayor en el quintil de ingresos más bajos respecto del más alto.

Respecto de la baja actividad física, aunque la encuesta 2019 registra un 44,2%, señala una leve mejoría respecto a 2013, cuando era del 54,7%, con peores indicadores en mujeres que en varones –46,6% vs 41,5% respectivamente– y en adultos –en mayores de 65 años llega al 56,7%– respecto de los jóvenes entre 18 y 24 años, que es 33,5%. La prevalencia entre los más pobres, quintil 1, fue de 47,3%, mientras que en el quintil 5 fue de 37,8%; esto era esperable por las peores condiciones urbanísticas, mayor inseguridad barrial y mayores tiempos de trabajo y desplazamiento.

Respecto al cuarto componente de la seguridad alimentaria, **la estabilidad**, en párrafos anteriores hemos señalado cómo su opuesto, la inestabilidad, es el problema que atraviesa todos y cada uno de los componentes que hemos mencionado anteriormente. La vimos en la disponibilidad como dependencia del agronegocio que cuestiona la sostenibilidad y la salubridad. En el acceso como inflación, caída de los ingresos y crecimiento de la asistencia social alimentaria, y en la utilización biológica como deterioro en la calidad de los alimentos, y en el estado nutricional promedio de la población del AMBA. Todos datos que sostienen la idea de una precarización creciente de la alimentación en el área.

5. Representaciones de la inseguridad alimentaria

5.1. Representaciones de la seguridad alimentaria en el discurso político

En 1906 en el discurso inaugural de la recién creada Facultad de Agronomía, el decano usó la frase “Argentina granero del mundo” refiriéndose al incremento de la producción agropecuaria y al lugar de Argentina como país exportador. Este concepto atravesó crisis y bonanzas como verdad indubitable, y desde hace 100 años domina las representaciones populares acerca de la disponibilidad y obtura todo cuestionamiento. Vivir en un país con la capacidad de producir alimentos para satisfacer las necesidades de su población y aun del mundo, modeló la manera de pensar la cuestión alimentaria, precisamente porque la hizo desaparecer como tal y la redujo a un problema de suelo, clima y cosecha. Esto no pasaba solamente en Argentina. El criterio de “recursos naturales” dominaba la política de la Sociedad de las Naciones entre 1919 y 1946; entonces parecía lógico asociar el hambre a desastres ecológicos, y los países se esforzaban por lograr autonomía alimentaria aumentando su producción a expensas de bosques y humedales “improductivos”. En Argentina, al sacar de la ecuación las relaciones sociales, producción y acceso se fundieron en un solo concepto naturalizado.

Habiendo alimentos, el problema de la desnutrición infantil, hasta 1950 muy extendido, se veía como un tema familiar; la malnutrición regional se pensaba como un problema de educación o de ingresos, responsabilizando a las víctimas que “fallaban” en alimentar y alimentarse en un contexto pródigo, ya fuera porque no sabían, no podían, o no querían. Al vivir en el “granero del mundo”, el problema de la alimentación se conside-

raba fuera del ámbito social –ya que había producción suficiente– y se lo reducía a un problema individual, a lo sumo familiar y siempre transitorio, que se resolvía en el ámbito privado con voluntad, con caridad –sujeto/sujeto– o con asistencia –institución/sujeto–. La pervivencia de este argumento ha condicionado la forma de pensar la alimentación, siempre dependiendo de la naturaleza y siempre excedentaria, donde las sucesivas crisis se leían como emergencias coyunturales, nunca problemas estructurales vinculados a las restricciones del acceso, producto del régimen de acumulación. Hasta hace relativamente poco, al no existir una reflexión social sobre las causas, las respuestas estatales se habían concentrado en acciones tendientes a solucionar los síntomas con acciones puntuales, en forma de programas de emergencia –como el Plan Materno Infantil– concebidos como transitorios, pero indefinidamente prorrogados.

Un gran logro del gobierno democrático en 1983 fue instalar el tema del derecho a la alimentación como problemática social y, por lo tanto, de responsabilidad colectiva. Este desplazamiento conceptual se inicia con el Programa Alimentario Nacional (PAN) y continúa en los programas de asistencia social que hoy sostienen la alimentación de los más pobres. Pero, aunque en el Estado existe una retórica de derechos, esta no atraviesa las representaciones sociales que siguen considerando a la población pobre “beneficiarios” y no sujetos de derechos.

5.2. Representaciones de la inseguridad alimentaria en el discurso de los hogares

5.2.1. Representaciones acerca de la disponibilidad

De los diferentes trabajos de campo realizados en los últimos 30 años, surgen las siguientes consideraciones sobre los distintos grupos de ingreso del país. En los párrafos siguientes se condensan las prácticas y representaciones que las unidades domésticas fueron configurando con el correr del tiempo.

En los sectores de ingresos medios y altos, la disponibilidad se piensa excedentaria –como granero del mundo–, antes que suficiente –disponer de lo necesario, ser autónomos como familia o país–. Se piensa como una oferta infinita que incluye alimentos importados de calidad superior a la industria nacional. Se ve como la libertad de poder conseguir hasta lo que no se desea. Y su opuesto: el desabastecimiento, los horroriza, porque expone que el dinero no sirve si no existe qué comprar, y eso, aunque no hayan tenido la experiencia del desabastecimiento ocurrido en las dos grandes crisis de 1989 –hiperinflación– y 2001 –devaluación brusca del 285%–.

Entre los sectores de ingresos bajos, en cambio, la disponibilidad no se piensa como oferta sino como *stock* dentro del hogar. Disponibilidad y acceso se piensan inseparables. En la pobreza la libertad de elegir está siempre cuestionada, de manera que no valorizan la existencia de alimentos en el mercado si no se pueden llevar al hogar. En estos sectores, la disponibilidad también aparece asociada a un piso del que no se puede caer y este piso son los planes asistenciales, sean en forma de bolsones de alimentos, comedores o transferencias de

ingresos. Aunque no los prefieran, aunque los comedores coarten su autonomía, aunque entren en relaciones patrón-cliente y aunque en las categorías académicas formen parte del acceso: la asistencia la ven como parte de la disponibilidad, es el sostén mínimo y la manera como un hogar y sobre todo un varón-padre demuestra su precariedad y su fracaso económico. En las mujeres, en cambio, la idea de ayuda, solidaridad y dependencia ligada a la asistencia no tiene carga negativa y les permite construir otra relación con el Estado proveedor, con los agentes estatales, o con los intermediarios barriales —nuevamente lejos del concepto de derecho que desde el Plan Nacional de Seguridad Alimentaria se ha promovido desde nuevo milenio—.

Respecto de la autoproducción que la bibliografía internacional considera parte de la disponibilidad hogareña y se promueve desde el Estado, sobre estos gallineros y huertas domésticas, barriales, o comunitarias hemos recibido, a lo largo del tiempo, opiniones contradictorias. Los sectores de mayores ingresos son proclives a considerarlas una opción para los pobres y estigmatizan a aquellos que teniendo un “pedazo de tierra” no plantan; pero no consideran, excepto una pequeña minoría de militantes agroecológicos, realizar una en el jardín propio. Para los pobladores de los barrios más pobres la huerta nunca es placer, ni posibilidad, ni alternativa, a lo sumo necesidad y complemento —ya que aun las mejores huertas no cubren ni la mitad de las necesidades— y se viven como el fracaso del hogar de integrarse al mundo industrial moderno volviendo al pasado campesino (Aguirre, 2011).

5.2.2. Representaciones acerca del acceso

El **acceso** vinculado en la economía de mercado a la capacidad de compra —la relación entre los precios y los ingresos— y a las políticas compensatorias del Estado, va a encontrar unanimidad de criterios en cuanto a la consideración de la inflación como una maldición; quizás lo único **estable** a través del tiempo, los gobiernos y las crisis es el principal factor de inestabilidad e inseguridad alimentaria. El seguro aumento de los precios de los alimentos es un factor irritativo permanente, aun para aquellos sectores que pueden soportarlo y compran “bajo protesta”, sin dejar de consumir lo que desean. La idea de boicotear una marca por un aumento irracional de precios, como han llegado a hacer asociaciones de consumidores en otros países, resulta irrisoria cuando los precios siempre aumentan y los precios de los alimentos en los últimos 30 años han aumentado más que el promedio inflacionario. La “normalidad inflacionaria” en la percepción popular según hemos calculado, está cerca del 15% anual; es decir, un aumento de 1,25 mensual se considera una “buena época”. Este dato puede resultar extraño en otras realidades, pero, dada la historia económica de Argentina, estas cifras se consideran éxitos económicos y son llamados “períodos de estabilidad”.

La inflación en los precios de los alimentos golpea en forma diferencial a los sectores más pobres, quienes hace décadas sustituyeron alimentos caros por alimentos baratos, después sustituyeron comidas enteras por mate,

y ahora complementan o dependen enteramente de la asistencia. Cuando hay poco dinero se despliegan estrategias de compra creativas para seguir consumiendo a pesar de la inflación. Y todas implican invertir energía femenina, en tanto son las responsables de la cocina y la crianza, y en algunos casos también la única aportante al presupuesto familiar. Es decir, la inflación tiene un costo diferencial por género. Si se quiere mantener el producto pese al precio, se invierte energía en comparar entre locales, se bajan las cantidades comprando por unidad, se recurre al crédito usurario del circuito informal, porque están bancarizados pero no califican para créditos formales. Si se sustituye el producto por otro más barato, pueden cambiar de primeras a segundas marcas o marcas del distribuidor, siempre de menor calidad pero mejor precio. Esto constituyó a partir de los 90 un nicho de mercado hasta ese momento inexistente: el “mercado de los pobres” que hoy contabiliza una clientela potencial de 8 millones de consumidores.

Hay un grupo de alimentos que no importa su precio siempre deben estar en el hogar, son los que dan “seguridad”: leche y azúcar si hay niños, pan si hay adultos mayores, yerba siempre. La palabra que surge en las entrevistas realizadas durante estos años, cuando faltan, es “desesperación” (Aguirre, Díaz Córdoba y Polischer, 2015).

Si hay una variable con la que se percibe la precarización es el permanente aumento del precio de los alimentos y, entre ellos, el más significativo es el precio de la carne bovina. Considerada un bien salario por los economistas, el azote del patrón alimentario por los cardiólogos y nutricionistas y una delicia que marca nuestra identidad como argentinos por la población de todos los sectores del AMBA, la carne bovina, aunque desde el punto de vista de las magnitudes es cara, desde el punto de vista relativo —como señalamos antes al compararlo con los duraznos— es barata. Al revés, las frutas y verduras, aunque tienen los precios relativos más altos, no solo por la irracionalidad de la cadena de intermediación, sino por sus costos culinarios, requieren tiempo para su preparación, agua y servicios para lavado y cocción junto a otros ingredientes para su preparación. pero brindan poca saciedad, aunque desde el punto de vista de las magnitudes sean baratos. Esto no se verifica en el caso de la carne, que, según la costumbre gaucha, se puede comer sola, incluso sin plato, cortando la carne con el cuchillo directamente del asador a la boca. Nadie sufre por dejar de comer zanahorias; en cambio, cambiar de cortes traseros a delanteros o pasar a cortes multifunción, abandonar la carne bovina o suplantarla por otras —pollo o cerdo—, se vive en todos los sectores como la verdadera pérdida. Una entrevistada ansiaba que volvieran “los buenos tiempos” y festejar los cumpleaños con asado.

Que las representaciones de frutas y verduras no sean positivas, que no se perciba el aumento de precios como problemático no quiere decir que sea un mal menor. Precisamente por las pocas consideraciones que reciben frutas y verduras, a las que se considera acompañamiento y nunca plato principal, el esfuerzo por conseguir las es siempre menor y no ha habido sufrimiento por elimi-

narlas de la dieta. En las últimas décadas se ha reducido su consumo y los sectores de menores ingresos prácticamente han concentrado sus gastos en 6 especies –olvidando las 18 que consumían regularmente en 1996– sustituyendo por papas y fideos todo acompañamiento de la carne que, en las preferencias de todos los sectores es, o debería ser, el corazón del plato.

Precios relativos altos, mayores tiempos de preparación, desvalorización y escasa sensación de saciedad, conspiran contra el consumo de frutas y verduras, pese a las recomendaciones nutricionales en un entorno cultural donde comer es comer mucho y la frugalidad se asocia a una enfermedad.

Cuando se trata del acceso geográfico recordamos lo que hemos dicho de las cadenas de comercialización formal –negocios de proximidad, supermercados y auto-servicios– e informal –sin control, que unen en un solo local todos los rubros–. Al bajar los ingresos se recurre a ellos porque son locales de oportunidad –están abiertos siempre porque están en las casas de los vendedores–, donde se compra lo que se puede y como se puede –al peso, por unidad, en fracciones de envases mayores–, y aunque los precios son más altos brindan otros servicios –venta por unidad, crédito–. Solo son utilizados en los sectores más pobres, menos preocupados por la seguridad biológica de un paquete abierto que por el precio rebajado.

En el componente de accesibilidad cultural a los alimentos, debemos señalar la ruptura del patrón alimentario unificado que caracterizó a la Argentina –al menos según datos de la primera Encuesta de Gastos hecha por el Consejo Nacional de Desarrollo en 1965 (Aguirre, 2005) –, donde existía un patrón alimentario que cortaba transversalmente la estructura de ingresos: pobres y ricos comían de manera similar. La elasticidad de los ingresos no era una variable a tomar en cuenta, y las diferencias se verificaban en la calidad de los productos más que en las especies y las cantidades. Esto no habla de la alimentación solamente: habla de la sociedad de los comensales, de una ciudadanía con menos diferencias entre pobres y ricos, donde la alimentación no era un problema. Tampoco el análisis químico de las canastas muestra deficiencias nutricionales. A partir de los 90 la sociedad se polariza, la destrucción de los puestos de trabajo deja una masa de precarizados que deben ser atendidos por la asistencia social, y los que aún mantienen el empleo negocian salarios a la baja para conservarlo. En una economía de enclaves, no todos entran al primer mundo, algunas empresas se globalizan, otras quedan para apenas proveer al mercado interno. Muchos empleos se pierden o flexibilizan, los ingresos se polarizan y su correlato alimentario es la ruptura del patrón alimentario común (Aguirre, 2005). Mientras los pobres componen su canasta con 74 alimentos, los sectores de mayores ingresos contabilizan 250. En la ENIGHO de 1985 vemos un resabio de este patrón, y en la de 1996 aparece la comida de pobres y la comida de ricos. Un sector intermedio se mantendrá hasta 2012, cuando la precarización de sus consumos los suma definitivamente a los empobrecidos. Con mayor nivel educativo, con servicios, con tecnología en la cocina, piensan la

comida como clase media y compran la comida como los pobres. Y, como ellos, después de sustituir carnes, lácteos, frutas y verduras por pan y fideos... están engordando, dato que registran las encuestas de factores de riesgo que hemos citado (Aguirre, Díaz Córdoba y Polischer, 2015).

Las fuentes de **ingresos** son el mercado formal de empleo con estabilidad, seguridad social y protección sindical, opción muy deseada pero cada vez menos lograda, ya que desde los 90 surgieron formas de flexibilización que se imponen al trabajador y lo desprotegen convirtiéndolo en un trabajador formal bajo contratos tan inestables y draconianos como el mercado informal. Treinta años de flexibilización hacen que esta generación oiga a sus padres hablar del paraíso perdido del empleo formal propio del Estado de bienestar del pasado. La política económica de los 90 promueve esta flexibilización laboral como libertad, pero lo cierto es que los jóvenes no son libres de optar porque hoy no se crean sino empleos flexibles. Aceptan entonces el pluriempleo, el trabajo a destajo, los contratos por proyecto/objetivos, sin licencias por enfermedad, vacaciones o maternidad, cargando con su propia capacitación, hasta sin oficina gracias a la virtualidad. Esta libertad flexible vino acompañada por una caída de los ingresos y sobre todo por la pérdida de seguridad respecto del futuro. Ante el retroceso del Estado, cada quien debe negociar asimétricamente su salario, pagar su jubilación y protegerse del accidente o la enfermedad. En un país con 35% de empleo informal y flexibilización de hecho en el mercado formal, exceptuando las altas rentas, es difícil encontrar hogares que sientan sus ingresos asegurados. El despido, el fin del contrato, la quiebra, una modificación en la tecnología que los deja obsoletos, o la edad –hoy a los 50 son viejos para el mercado de trabajo–, son motivos de zozobra, tanto para los que lo sufren como para quienes los observan. Sus expresiones alimentarias son: comer bien hoy porque no se sabe qué pasará mañana –y esto aumenta el consumo de lo considerado rico frente a lo sano–, por lo menos entre los que tienen capacidad de compra; y entre los nuevos y viejos pobres, los ancianos, las mujeres solas con hijos, recurrir a la asistencia que ya no se ve como ofensa sino como ayuda.

5.3. Representaciones acerca de la utilización biológica de los alimentos

El componente de la **utilización biológica** de la seguridad alimentaria es percibido en nuestras entrevistas como “comer mal”, y atraviesa todos los sectores de ingresos. Por distintas razones no hay nadie satisfecho con su alimentación. Y el sector salud, que normatiza y moraliza los consumos, estimula y apoya esta sensación en su propio beneficio; clínica y epidemiológicamente estamos todos condenados como sujetos y como sociedad (Gracia, 2005).

Inquiriendo ¿por qué comemos mal?, las respuestas se agrupan en causas individuales, sociales, económicas y sanitarias que, como veremos, remiten a un pasado venturoso –donde fuimos el granero del mundo y comíamos bien– un presente conflictivo –donde existe

escasez en la abundancia-, y un futuro incierto, poco optimista en la salud y en la economía.

Muchas de nuestras entrevistadas sienten que no hacen todo lo que deberían para mejorar la comida en su hogar, y dan razones múltiples que tienen que ver con la ruptura del mandato tradicional de la mujer. Ellas y sus hijos comen mal porque viven de una manera diferente respecto a aquellas madres-abuelas que trabajaban, criaban diez hijos y les sobraba el tiempo para ser bellas. La falla como mujeres se traslada a la comida, porque les falta el tiempo, o porque trabajan y viajan más horas que las deseables, o porque no saben cocinar, o porque les faltan servicios esenciales –agua o gas o tecnología que las asistan en el proceso-, o porque no les gusta o están cansadas. También hay un grupo que se considera responsable de fallar en la educación de los hijos y permitirles que decidan sobre su comida. En todos los casos se consideran responsables de introducir comidas preparadas que saben que no son saludables, pero prefieren la solución actual y asumir la culpa –cuando llegue la enfermedad o la gordura- diferida en el tiempo.

Junto a mujeres culpógenas, hay varones reclamantes –algunos con violencia-, pero registramos pocos que tomaran la cocina en sus manos, y que son muy halagados. Si hace décadas un varón cocinando en la cotidianeidad era vergonzoso, hoy, tal vez por los cocineros de la TV, está valorizado. Aunque lo más común es que el varón cocine un solo plato: el asado. Fuera de la cocina, en la parrilla, altar masculino tradicional que, al manejar la carne roja, el cuchillo y el fuego se considera el epítome de la hombría. Fruto de los tiempos y los feminismos, empiezan a aparecer mujeres parrilleras, pero al revés de los hombres cocineros, no son muy halagadas.

Para algunos entrevistados varones “comer mal” está ligado a ganar poco, comer menos carne y se piensa una problemática nacional; el país se empobreció, por lo tanto nos arrastró a su ruina, y pasamos de comer bien en el pasado a comer mal en el presente. En este comer mal social también hay un argumento que remite a la percepción de ciudadanía limitada, el Estado no controla los alimentos que llegan al consumidor, ni en los precios ni en el contenido: no sabemos qué comemos. Juicios por agrotóxicos desnudan la realidad del abuso y las malas prácticas empresariales. Intoxicaciones masivas obligan a cambiar las formas de comercialización. Alimentos que pueden venderse durante 25 años fuera del Código Alimentario desnudan las fallas en el sistema de control y la desprotección del comensal (Aguirre, 2019). Otra ocasión de inseguridad, es que, aunque exista capacidad de compra, los alimentos no son biológicamente seguros y conllevan peligros invisibles; a medida que aumenta la tecnología de producción industrial esta ya es incontrolable para el comensal, que no puede ir con un microscopio al supermercado a verificar la calidad de los lactobacilos.

La comensalidad es también motivo de inquietud; aunque la comida casera está perdiendo terreno, esto no preocupa tanto como la pérdida de la comensalidad hogareña. Para los adultos la mesa era una instancia de conocimiento y control de las nuevas generaciones; estas, en cambio, ven libertad y autodeterminación en abando-

narla en favor de la comida solitaria en su cuarto, frente al televisor o en conexión virtual con sus pares.

Pero la mesa como lugar de encuentro social también se pierde ante las dietas restrictivas –sin sal, grasas, o gluten-. Sean o no por enfermedad, se ven como limitaciones en la interacción social, bien porque hacen pública su condición de salud o su diferencia, o bien porque resultan blanco de comentarios. Aunque la comensalidad rara vez se nombra en las recomendaciones médicas, es el principal componente que boicotea las dietas restrictivas. Se vive y se come con otros. En un país que fluctúa entre la comensalidad de la carne asada, bien social por excelencia, y la comensalidad sin comida del mate –cuyo único aporte es la charla-, comer con otros es fundamental, pero no con cualquiera: se come con familia, o con amigos. Los comedores institucionales instalaron la comensalidad colectiva y obligatoria de la escuela (Piaggio, Rolón, Macedra *et. al.*, 2011) o el trabajo, los comedores comunitarios la comensalidad asistencial (Neufeld, y Cravino, 2001). Sin embargo, la verdadera comensalidad es la hogareña.

La comensalidad asistencial, antes de los 90 estaba reservada solo a los indigentes, pero a medida que la pobreza se cronificaba en un piso del 30%, con picos de 57%, en 2001, de población pobre, perdió su carácter vergonzante, al menos dentro del mismo sector. Porque, vista entre sectores, aquel que no paga su comida, sea en casa, en el *delivery* o el restaurante, es el punto más bajo de la empresa de diferenciación social. El prejuicio que pesa sobre los que reciben asistencia social alimentaria no ha sido conjurado por 20 años de enfoque de derechos, o por declamar la solidaridad del pueblo argentino.

Con lo que hemos expuesto, el último componente de la seguridad alimentaria, la estabilidad, queda claro que está severamente cuestionada. La inestabilidad de todos los componentes, disponibilidad, acceso, y utilización biológica, se percibe como la principal amenaza a la seguridad alimentaria. A través de los datos cuantitativos de fuentes oficiales, como a través de las entrevistas realizadas en el curso de los años, ambas fuentes señalan la dificultad de hacer efectivo el derecho a una alimentación adecuada en el día a día, y esta dificultad, antes que retroceder, abriendo un futuro de esperanza, se intensifica con el tiempo revelando pérdida tras pérdida. Así como se pierde variedad en los alimentos, ingresos en el empleo y el empleo mismo, salud y esperanza de vida, todas estas pérdidas configuran la precarización de la alimentación y aun de la vida. Solo el stress de la alerta permanente para sobrellevar un presente inseguro ya bastaría para declarar la precarización del proceso. A lo que se suma su permanencia en el tiempo porque ante la inestabilidad del presente se hace casi imposible planificar el futuro.

6. Conclusiones

Hemos expuesto algunos de los cambios que sufrió la alimentación en Argentina en los últimos 30 años y cómo impactan en los componentes de la seguridad alimentaria conduciendo a la precarización de los

consumos de la población. Postulamos que en Argentina la estabilidad repetitiva de la rutina alimentaria está rota desde hace décadas, por la aplicación de políticas que no han logrado estabilizar las variables económicas, lo que se refleja en inestabilidad política, detenimiento del crecimiento, flexibilización del empleo, caída de los ingresos, lo que trae una sensación de imposibilidad de planificar a largo plazo, ya sea una estrategia de consumo alimentario ya sea una trayectoria de vida. En este contexto, la seguridad alimentaria entendida como el derecho de todas las personas a una alimentación cultural y nutricionalmente adecuada, queda en entredicho.

En este trabajo analizamos de qué manera se han modificado, precarizándose al perder estabilidad, todos y cada uno de sus componentes: disponibilidad, acceso y utilización biológica. Mientras que afirmar que cuanto mayor pobreza, mayor precarización de la vida y la alimentación es la hipótesis del sentido común, no hay que olvidar que ciertos procesos alcanzan a **todos los sectores**. Efectivamente, altos niveles de educación o ingreso hacen a algunos sectores menos vulnerables, pero la toxicidad de aire, agua y alimentos que resulta del modelo de producción extractivista y su paquete tecnológico, alcanza a toda la población cualesquiera sean sus ingresos. Si bien el consumo de productos agroecológicos modera la ingesta de pesticidas y se pueden abandonar las áreas contaminadas emplazando la residencia en otros lugares, porque se puede elegir dónde vivir, toda la población comparte el aire.

Lo mismo se puede señalar respecto al acceso. Sin duda, la **inflación** es el elemento más evidente de este proceso y la culpable identificada por políticos, académicos y ciudadanos como la fuente de inestabilidad que lleva a inseguridades de todo tipo. Si bien los sectores de mayores ingresos ni dejan de comer ni modifican sus consumos sustituyendo alimentos caros –y de alta densidad nutricional como carnes, lácteos– por fideos o harinas –menos densos pero muy baratos–, también ellos han sufrido la precarización pero en otra forma, ya que deben elegir entre una oferta homogeneizada de productos estandarizados donde, efectivamente, en los supermercados hay muchas marcas, pero adentro todas tienen lo mismo. Quince géneros explican el 80% de los consumos, lo que habla de la reducción de la diversidad de especies consumidas, pero también se ha perdido la diversidad intra-específica. El Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria-INTA protege las variedades locales en el banco de semillas de Pergamino, procurando guardarlas para quienes trabajen en la recuperación de la identidad alimentaria, o de los efectos del cambio climático y la redistribución de especies que conlleva.

Aunque exista capacidad de compra, la oferta de alimentos se percibe insegura, sea por el rol meneguante del Estado sea por la lógica de la ganancia empresarial que responde a la competencia y al ajuste de precios con más celeridad que a la salud. Por la combinación de alzas en los precios junto a caídas en los ingresos los consumos de los hogares han modifi-

cado su composición interna. A medida que decrecen los ingresos decrece también el consumo de frutas y verduras, lácteos y carnes, mientras aumenta el consumo de harinas, panes y fideos, azúcar y gaseosas. En toda la sociedad la comida casera se reduce en favor de alimentos pre-preparados y comidas hechas, tomadas dentro o fuera del hogar. Y las ciencias de la salud advierten sobre las consecuencias patológicas de este giro del consumo. Las que observamos en las encuestas de nutrición y factores de riesgo que señalan un crecimiento de las enfermedades crónicas no transmisibles: obesidad, diabetes, ACV, etc.

Los patrones alimentarios, y las rutinas domésticas que de ellos dependen, se caracterizan por su estabilidad (Gracia Arnaiz, 2014), pero en una sociedad totalmente monetizada, dependiente de la capacidad de compra como Argentina, la “normalidad”, al menos estadística, es la irregularidad. Vertebrar una estrategia de consumo en medio de la inestabilidad de la oferta, la inflación en los precios y la imprevisibilidad en los ingresos supone un trabajo de stress permanente, alerta continua y desarrollo de capacidades innovadoras, tratando de alejar la incertidumbre que en otros países la rutina garantiza con su repetición a-crítica e inadvertido pasar. Y ese estrés y sobre-trabajo lo pagan las mujeres que siguen siendo las principales responsables de la alimentación hogareña.

Cuanto más se deteriora la capacidad de compra de los hogares, aunque el Estado se hace cargo con políticas asistenciales, más se precariza su alimentación porque si bien están materialmente cubiertos por la asistencia, al salir del mercado en una sociedad mercantilizada, pierden autonomía, elección y la posibilidad de vertebrar una estrategia hacia el futuro.

Dijimos que por definición rutina es repetición y patrón alimentario: estabilidad de alimentos y preparaciones. ¿Pero qué sucede cuando el empleo –y por lo tanto el ingreso– está permanentemente amenazado, y cuando los precios ponen a prueba la accesibilidad de los alimentos y los servicios aumentan tanto que las preparaciones ayer corrientes hoy se vuelven prohibitivas? Tales inestabilidades siempre configuran presiones que conducen a que los agregados sociales y los sujetos vivan experiencias frágiles en el presente e inciertas respecto al futuro, con escaso margen para planificar estrategias de abordaje, porque esa misma inestabilidad les quita la posibilidad de prever el desarrollo de las variables que inciden en su alimentación; es ahí cuando podemos hablar de precarización, de la vida social, aunque este trabajo haya aislado analíticamente solo la precarización alimentaria.

Es esta inestabilidad lo que cuestiona la disponibilidad, el acceso y la utilización biológica como componentes de la seguridad alimentaria a nivel macro del país y a nivel micro de los hogares y con ella la precarización de la vida. Es esta inestabilidad la que explica los derechos conculcados, y entre ellos particularmente el derecho a la alimentación adecuada, con su carga oculta de falta de futuro, profundización del sufrimiento y anomia.

7. Referencias bibliográficas

- Abeyá Gilardon, Enrique (2016). “Una Evaluación Crítica de los Programas Alimentarios en Argentina”. *Salud Colectiva* 12(4). <https://doi.org/10.18294/sc.2016.935>
- Aguirre, Patricia (2005). *Estrategias de Consumo: qué comen los argentinos que comen*. Madrid-Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Aguirre, Patricia (2011). “¿Por qué producir? La huerta y su consumo vistos por quienes producen”, en Alberto Pantoja, Sara Granados-Ortiz, Juan Izquierdo (Eds.), *De la huerta a la mesa. Promoción del consumo de frutas y verduras a partir de huertas familiares*. Santiago de Chile: FAO., 21-30. <http://www.fao.org/3/i2122s/i2122s.pdf> y <https://dds.cepal.org/redesoc/publicacion?id=1461>
- Aguirre, Patricia (2019) “Alimentos Funcionales entre las nuevas y viejas corporalidades”. *AIBR*. Vol 14: 1. 95-120. DOI 10.11156/aibr.140106
- Aguirre, Patricia; Díaz Córdova, Diego; Polischer, Gabriela (2015). *Cocinar y Comer en Argentina hoy*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Pediatría– FUNDASAP
- Aguirre, Patricia; Pautassi, Laura (2020). “Del problema individual al programa social. La cuestión alimentaria en Argentina”. En Gustavo Gramallo (comp.) *De Alfonsín a Macri. Políticas y programas sociales en Argentina*. Buenos Aires. EUDEBA. En prensa.
- Alzás, Teresa; García, Luis; García, Casa; et. al. (2016). “Revisión metodológica de la triangulación como estrategia de investigación”. *Investigação Qualitativa em Ciências Sociais//Investigación Cualitativa en Ciencias Sociales//Volume 3* 639. Actas/Atas CIAIQ2016
- Cámara Argentina de Comercio y Servicios (2019). *Variación Interanual de Precios Al consumidor*. [https://www.infobae.com/new-resizer/mUJMIYZ_wkte0bOcBqWfQiMNjWs=/750x0/filters:quality\(100\)/s3.amazonaws.com/arc-wordpress-client-uploads/infobae-wp/wp-content/uploads/2018/07/15100347/Historia-de-la-inflacion-en-la-Argentina-7.jpg](https://www.infobae.com/new-resizer/mUJMIYZ_wkte0bOcBqWfQiMNjWs=/750x0/filters:quality(100)/s3.amazonaws.com/arc-wordpress-client-uploads/infobae-wp/wp-content/uploads/2018/07/15100347/Historia-de-la-inflacion-en-la-Argentina-7.jpg)
- Castel, Robert (2010). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Denzin, Norman; Lincoln, Yvonna (Eds.) (2000). *Handbook of qualitative research*. 2nd ed. Thousand Oaks: Sage Publications.
- Food and Agriculture Organization –FAO– (2002). Comité Internacional de Planificación de las ONG/OSCs para la soberanía Alimentaria– *Declaración política del Foro de las ONG/OSC para la Soberanía Alimentaria. Soberanía alimentaria: un derecho para todos*. http://www.fao.org/tempref/GI/Reserved/FTP_FaoRlc/old/ong/cip.htm#:~:text=El%20%22Foro%20de%20ONG%2FOOSC,tema%20%22Tierra%20y%20dignidad%22.
- Food and Agriculture Organization –FAO– (2012). *Comité de Seguridad Alimentaria Mundial* 39.º periodo de sesiones Roma (Italia), 15-20 de octubre “En Buenos Términos con la Terminología.” disponible en <http://www.fao.org/3/a-mf115s.pdf>
- Food and Agriculture Organization –FAO– (2017). *Hojas de Balance– Argentina*. <http://www.fao.org/home/search/es/?q=argentina%20hojas%20de%20balance%20>
- Food and Agriculture Organization –FAO– (2020). *Comité de Seguridad Alimentaria Mundial*. <http://www.fao.org/cfs/cfs-home/about-cfs/es/>
- García, Rolando (2006). *Sistemas complejos. Conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Barcelona: Gedisa
- Gracia Arnaiz, Mabel (2005). “Maneras de Comer Hoy. Comprender la modernidad alimentaria desde y más allá de las normas”. *RIS. Revista Internacional de Sociología* 40. Enero-abril. En: <https://pdfs.semanticscholar.org/33c9/9cf444614cd4c73c45fa6d805f699b787e0b.pdf>
- Gracia-Arnaiz, Mabel (2014). “Comer en tiempos de “crisis”: nuevos contextos alimentarios y de salud en España”. *Salud Pública de México*. Vol. 56, no. 6, Ensayo 648 noviembre-diciembre. <https://www.redalyc.org/pdf/106/10632793010.pdf>
- Harris, Marvin (1989). *Bueno para comer*. Madrid: Alianza Editorial.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos –INDEC– Encuesta Nacional de Gasto de los Hogares. ENGHO (1985-1996-2006-2012-2018)– <https://www.indec.gov.ar/engho/>
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos –INDEC–(2020) Índice de precios al consumidor <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Nivel4-Tema-3-5-31>
- La Nación. (2020) *Un tercio de la clase media dejó de ir al supermercado*. en <https://www.lanacion.com.ar/economia/un-tercio-de-la-clase-media-dejo-de-ir-al-supermercado-nid449037/>
- Maxwell, Simon. (1996). “Food security: A post-modern perspective”. *Food Policy*, 21(2), 155–170. [https://doi.org/10.1016/0306-9192\(95\)00074-7](https://doi.org/10.1016/0306-9192(95)00074-7)
- Ministerio de Salud (2007). *Encuesta Nacional de Nutrición y Salud-ENNYS* <http://www.extensioncbc.com.ar/wp-content/uploads/ENNYS-2007.pdf>
- Ministerio de Salud. (2019a) *2ª Encuesta Nacional de Nutrición y Salud. ENNYS 2. Resumen Ejecutivo*. http://www.msal.gov.ar/images/stories/bes/graficos/0000001565cnt-ennys2_resumen-ejecutivo-2019.pdf
- Ministerio de Salud (2019b) *4ª Encuesta Nacional de Factores de Riesgo*. Dirección Nacional de Promoción de la Salud y Control de Enfermedades Crónicas. Informe Definitivo. http://www.msal.gov.ar/images/stories/bes/graficos/0000001622cnt-2019-10_4ta-encuesta-nacional-factores-riesgo.pdf
- Monteiro, Carlos; Moubarac, Jean-Claude; Cannon, Geoffrey; et. al. (2013). “Ultra-processed products are becoming dominant in the global food system: Ultra-processed products: global dominance”. *Obesity Reviews*, 14, 21–28. <https://doi.org/10.1111/obr.12107>
- Muñoz de Toro, Mónica; Durando, Milena; Beldoménico, Pablo; et. al. (2006). “Estrogenic microenvironment generated by organochlorine residues in adipose mammary tissue modulates biomarker expression in ER α -positive breast carcinomas”. *Breast Cancer Research*, 8, R47. <https://doi.org/10.1186/bcr1534>
- Neufeld, María Rosa; Cravino, María Cristina. (2001). “Entre la hiperinflación y la devaluación: “saqueos” y ollas populares en la memoria y trama organizativa de los sectores populares del Gran Buenos Aires (1989-2001)”. *Contenidos*. Facultad de

- Filosofía, Universidad de Buenos Aires (UBA), Buenos Aires, Argentina. [www.filo.uba.ar/contenidos/.../neufeld/Cravino-Neufeld, 2005.doc](http://www.filo.uba.ar/contenidos/.../neufeld/Cravino-Neufeld,2005.doc).
- Organización de los Estados Americanos – OEA– (2012). *Declaración de Cochabamba sobre Seguridad con Soberanía en las Américas*. <http://www.oda-alc.org/documentos/1341194304.pdf>
- Piaggio, Laura; Rolón, Marina; Macedra, Guadalupe; *et. al.* (2011). “Alimentación infantil en el ámbito escolar: entre patios, aulas y comedores”. *Revista Salud Colectiva*, 7-2 <https://doi.org/10.18294/sc.2011.380>.
- Sarlingo, Marcelo (2019). “Sinergias contaminantes y hegemonías duraderas en el centro de la Provincia de Buenos Aires, República Argentina”. *AIBR*. 14: 1. pag 1-180. Enero-abril. DOI 10.11156/aib.140105
- Scaletta, Claudio (2017). *La recaída neoliberal*. CABA: Capital Intelectual.. <https://www.eldiplo.org/wp-content/uploads/2018/files/5815/0973/6671/cap-3-scaletta.pdf>
- Standing, Guy (2011). *The Precariat. The New Dangerous Class*. Londres, Nueva York: Bloomsbury Academic.
- Vayda, Andrew (1983). “Progressive Contextualization Methods for Research in Human Ecology”. *Human Ecology*, 11.